

LA NOCHE DE SANTA ANA

Fernando López

(Cuento)

Déjeme explicarle, joven, el orden que lleva este relato. Se divide en cuatro partes y una quinta que yo le contaré sin leer, porque hemos dispuesto expresamente, mi amigo y yo, que no se conozca jamás. En eso hemos sumado voluntades respetando un pudor que en nada se parece al de la octava década del siglo.

La historia refiere un hecho ocurrido entre las 20:30 del 26 de julio de 1952 y la madrugada siguiente, un domingo frío en que la ciudad debió soportar un velo de ceniza desplegado por el viento entre las fogatas y el río. Recuerdo que esa noche las voces humanas tuvieron un matiz apagado, similar al de las campanas en responso, aún las que propiciaban una oración para que la muerta bajara derechito al infierno sin pasar por el suplicio menor del purgatorio. "Arrastra un alma que en el peso de los huesos se lleva la miseria de sus actos" llegaron a decir, en la columna principal del opúsculo secuestrado en una imprenta del suburbio, prueba de que nadie pasó por la indiferencia en esa noche de rosarios y anatemas. Más allá de la costa los barcos que entraban o salían del estuario, con la bandera a media asta y los marinos formados en el puente, a cabeza descubierta, saludaban la congoja de un pueblo que había perdido a su mujer más notable. Las radios argentinas, unidas en cadena nacional, ocuparon el éter con jaculatorias y música sacra durante todo el tiempo que duraron los funerales.

Pero ninguna referencia se hizo, nunca, a lo ocurrido esa noche en la habitación mortuoria del Palacio sobre calle Agüero, quizá porque los testigos, agobiados por la congoja personal y la presencia de una multitud gimiente que atestaba las calles, respetamos con obsecuencia lo visto y oído en esa larga vigilia. Ni Taylor, ni Fraser, Navarro o Demitrópulos, ni Viñas ni Sebrelí, conocieron el suceso. Si hubieran tenido alguna noticia le habrían dedicado más de una página al legado secreto cumplido por el general Perón en la madrugada del 27, mientras Ara desarrollaba su tarea. Sugestivamente el médico español, testigo privilegiado del acontecimiento, tampoco dijo nada. Quizá la orden de la muerta no estaba sólo ligada a su oficio sino también a su silencio, pero acaso también en los cuadernos del embalsamador, desaparecidos con la Libertadora, hubo una crónica impecable como su labor eternista, misterio que abona el perfil de la leyenda con todo lo que agrega de encantador y resta de verosímil.

Repito: esta versión corre por cuenta de ese amigo que decidió escribirla a pesar de mis reparos, y es evidente, a simple vista, que su intento por hacerla bella no perjudicó la autenticidad del testimonio. Su última voluntad fue pasar el manuscrito a mis manos para que hiciera con él lo aconsejable a la luz del dogma político vigente.

Mi única tarea fue variar el orden del texto, numerar las partes pertinentes y desechar, en un esfuerzo de más de diez años, todo aquello que apareciera insolente. El diálogo entre Perón y la muerta tuvo pasajes tan íntimos que me sentí muy mal por haber accedido a sus secretos, y ya no me preocupa que se desaten tormentas con tal de que el legado se conozca.

Ahora preste atención a lo que voy a leer.

Uno

“¡Que los sueltes he dicho!”

La voz de José ha tomado un tinte dramático. Mientras habla seca su frente con un pañuelo marcado por la huella de una jornada interminable.

¡No, no, sueltos! ¡El general no los quiere enjaulados!”

La noche sabatina se consume como las fogatas alrededor del edificio. Mira el reloj: son cerca de las siete. En el cuarto contiguo se desarrolla la ceremonia de preparación del cuerpo, ese cuerpo amado por la gente que espera a la intemperie, soportando el frío crudísimo, la oportunidad de llorar otra vez el temido fin de una época.

“¡Manuel, por favor! ¡No insista!” (Baja la voz) “Nadie más debe saber”.

El rostro del general se contrae al contacto con el agua helada que se lleva los restos del jabón de afeitar.

“El y yo, nadie más... ¡Por eso le digo, hombre! ¡El general y yo!”

Un fuerte ruido metálico se mezcla con el murmullo del cuarto vecino y el general se sobresalta. Por el espejo ve a José que cuelga el auricular. No le ha temblado el pulso al afeitarse pero acusa dificultades para abrocharse el cuello. Parece dudar de su fortaleza enfrentado a un destino que de pronto se le ha mostrado esquivo, y también sanguinario, del tamaño de un acreedor puesto a cobrarle el coraje de haber sido un gran líder. “Se ha derrumbado el edificio de mi gloria” musita cabizbajo, mientras José quita el polvillo imperceptible de sus zapatos negros. Ha desechado el uniforme: el traje civil se acomoda más al sufrimiento de su rostro. Ha depositado sobre el tocador la última fotografía de su esposa, cuya mirada conserva la fuerza vital en un rostro afilado como un hacha, con la trenza hacia atrás y una postura de jocketa sobre el sillón francés. Debajo del pantalón se nota la figura de un esqueleto que puja y en todo su cuerpo una contractura, semejante a una cueva, donde habita el dolor. El bulto de su pierna izquierda, sin embargo, no se ve. Más allá de las puertas de los dormitorios hay un intenso movimiento. Los funerales serán todo el año, toda la vida. No habrá razón atendible para que esa gente apretujada en las calles vuelva a tener una existencia normal, y menos él, “mi general sin brújula”, como ella le llamó.

“¡Qué será de nosotros, José!”

Sobre una pequeña mesa lo espera la bandeja con el desayuno: café, jugo de naranjas y las flores que siempre ordenaba Evita cuando llegaba de la oficina. Se sienta, José le sirve.

“Recién me sobresalté”, confiesa el general. “Al mirar la fotografía, me pareció que Eva suspiraba”.

Claramente comienza a dibujarse el perfil de las terrazas. Nada han dormido pero no sienten el cansancio, los vientos arrastran el insomnio de párpado a párpado como el levísimo toque de una pluma. Nadie duerme en Argentina esa noche de Santa Ana:

ni los unos, ni los otros. En Colonia y Montevideo las fiestas se suceden, algunas residencias al norte de Buenos Aires se visten de gala y no de luto. El general le ha hecho saber a José cuán solo se siente, se ha tomado la libertad de compartir su angustia con un hombre pequeño pero sincero. En cambio sus consejeros y ministros, el edecán, el cura, las hermanas y la madre de Eva tienen la entrada restringida en esos cuartos. Ara sigue hurgando en el cuerpo de la muerta para ahuyentar los fantasmas de la pudrición. Se ha tomado el trabajo con enorme devoción y ternura. Junto a la fuente del desayuno están los diarios de la mañana. El señor Presidente hojea los titulares, luego los aparta.

“¿Qué te ha dicho el hombre?”

“Sus órdenes no se discuten, mi general. Aunque no se entiendan”.

“Eso hasta ayer. A partir de hoy, ya veremos”.

José termina de cepillar el saco gris a rayas. No se atreve a decir nada.

“Ha muerto mi mejor mitad, la más querida. Han muerto el entusiasmo y la alegría. ¿Cómo hago ahora? Tendré que aprender a valérmelas solo, José. Tú me ayudarás a vestirme, y aprenderás a escucharme”.

Se levanta, se coloca el saco. Mira en dirección a la puerta que separa su cuarto del de la señora.

“Debo pensar un epitafio”, dice.

El estrépito del teléfono asusta al general y a su ayudante, y el silencio vuelve a transformarse en la suma de todos los murmullos habituales. Mientras José atiende, la puerta de la habitación mortuoria se abre y aparece el Dr. Ara seguido de su ayudante catalán, quien porta una caja de acero inoxidable y formato cuadrado que deposita, por orden del general, sobre una esquina de la mesa ocupada con diarios y vajilla. El médico viste un traje de impecable corte algo gastado en los fundillos, acorde a su figura egregia de prócer emigrado. Se ha quitado los guantes, el bozal y la chaqueta. Todos miran la caja con temor reverencial.

“Vaya tranquilo, señor Presidente, y cumpla. Yo me ocuparé de acondicionar el féretro. A estas horas, pobrecita, su cuerpo ya es incorruptible”.

Dos

El automóvil negro gana el pavimento por la puerta secundaria de la calle Austria, para evitar el revuelo de la gente y la curiosidad de los cronistas. José es un chofer experto en gambitos, sabe esquivar los cuerpos o la ceniza humeante donde murieron los fríos y los sueños. Varias cuadras alrededor de la residencia los grupos se concentran o dispersan en el relevo quejoso de una idéntica pena. Cabecitas negras, mapuches, gitanos, nietos de inmigrantes, leprosos, todos llevan o traen cazuelas y termos de alimento caliente. Centenas de altares se levantan bajo los árboles desnudos, custodiados por plañideras en cuya voz el rosario hace recordar el lamento por los angelitos. Una llovizna casi invisible ha mojado los adoquines y se levanta como una bandera sobre toda Buenos Aires.

“Dicen que cuando alguien muere y llueve es porque va al cielo”, comenta el general.

Luego felicita a José por la forma de secundar su alegato ante el jefe de la guardia para evitar la escolta.

“Yo dudé que le obedecieran, mi general. Esto es peligroso. Muy peligroso de veras. Sus enemigos...”

“Mis enemigos ni se imaginan, José. Por mucho tiempo seguirán la fiesta”.

Salvo los automóviles o los pequeños grupos de transeúntes que se dirigen a ocupar un lugar en las filas, frente al edificio de la CGT, las calles se suceden desiertas. De vez en cuando se escucha por los parlantes expuestos en algún edificio el mismo réquiem de Mozart que radio Nacional transmite en cadena, amplificando el eco trágico que habita el automóvil presidencial. Dentro de la cabina los cristales se empañan y José debe multiplicarse para recuperar la visión.

“Seguramente irá al cielo...”

Ambos se suenan la nariz: el invierno suele encontrarse con la pena y confunde los actos en una sola, indistinta ceremonia. ¿Qué piensan los dos hombres en ese largo silencio? En Eva, claro, ¿pero en qué más? Quizá el señor Presidente busca en el desván del tiempo el rescate de la intimidad esquiva, oculta bajo el peso de la vida pública en la suma de infinitos actos pequeños encadenados por la Historia. Quizá piensa también en los hijos deseados, pero más en ese triángulo inasible con la tortuosa Dama de la Memoria, presente todas las horas del almanaque hasta debajo de las sábanas o en el rellano del cuarto de baño. No hubo ningún movimiento inadvertido ni dentro ni fuera de su cuarto, ni cambio de sastre o cocinera que no guardara un significado mayor al de un simple relevo. Quizás piensa también en el alivio de sus camaradas, en las reuniones donde debió convencerlos de que sólo mandaba él aunque las órdenes las pronunciara ella. Y en los agoreros del fin de la Fundación, estructura de cuerpo agonizante y ya sin alma. Mientras dura el rojo en el último semáforo hacia el suburbio, se distrae apreciando la enorme voluntad de los árboles para dormir año tras año a la espera de templanza.

“¡Ay, José! Confío en que el azar, gobernante de estas horas, sabrá alejarse de mi destino superior”.

José está acostumbrado a escuchar esos rezongos. Ocupado en evitar los escollos, consume toda su energía en la conducción de la máquina. Sólo de a ratos, llevadas por el aliento, le llegan algunas palabras del general. También él se siente acosado por la trama que ha desviado la Historia a trochas profundas, donde no hay estrellas como en los pozos comunes. Por el espejo ve al general apoyado contra la puerta como queriendo apartarse de la caja de acero que ocupa un espacio apreciable en el asiento posterior. Se atreve a pensar que el Presidente acusa aversión o algún sentimiento similar frente a la última voluntad de la señora, tan terminante y serena. A él también le temblaron las piernas, como al médico español, a su ayudante catalán y al esposo doliente, los únicos testigos del legado.

“¿Acaso estoy sujeto al destino de América? Mi sueño se repite, idéntico y distinto, como los copos de nieve”.

Mozart ha dejado su lugar a Bach. José recuerda que alguien comentó, esa mañana, que en algunos barrios del norte de Buenos Aires radios chilenas y uruguayas lanzaban al aire los mambos de Pérez Prado, con el aviso cordial de que todos los exiliados contrarios al régimen se aprestaban para cruzar las fronteras. Es posible que centenares de barcos y aviones arrojarían sobre el asfalto local a los devoradores de carroña, filosos dientudos que a lo largo de un lustro tuvieron que morder otras carnes para saciar su hambre política. Es posible imaginarlos sonriendo entre las filas apretadas de los deudos, acercándose al cadáver para escupirlo y desearle los siete

infiernos, la putrefacción, la triple negación del esposo y el olvido. ¿Quién sería capaz de descubrir a un enemigo una semana después de soportar la llovizna con el mismo heroísmo de un doliente cualquiera? José tiene conciencia de que no puede alentar esos temores, acuñados por el general con legítima visión de estadista. Más allá del último empedrado se impone la necesidad de silencio como en ningún otro lugar. Las chacras suceden al mapa borroneado del suburbio que lentamente madura hacia las gamas del verde o a la tierra labrada, y a un camino señalado por la huella despareja que confunde el cielo con el barro. Después de Bach, Albinoni.

La caja de acero reluce como un sol de plata que opaca la figura del gigante doliente transformándola en una sombra aplastada. Algunas gotas se estrellan como una secuencia de tamboriles contra la carrocería del automóvil.

“Ya tengo el epitafio” dice de pronto el general.

Tome nota, José, de estas palabras:

*Aquí yace una mujer que se negó
a ser pasto en el festín de los gorilas.*

Sí, mi amigo era José. Pasábamos las noches en vela, discutiendo si un legado tan impresionante era o no una deuda que debíamos pagar a la Historia. Porque fíjese, la duda fue si Eva nos había pedido silencio o sólo discreción. Durante mucho tiempo ni siquiera fue tema de nuestras charlas. Después de los ‘60 nuestra escasa y raleada militancia sufrió el impacto del desapego hacia los viejos, así que, bueno, eso nos obligó a vivir de una manera diferente. Años después nos arrumbaron en el mismo geriátrico. Fíjese que el tema apareció como una variante impensada en una charla sobre el destino o el libre albedrío de los seres humanos. Mi amigo vivió en La Plata y yo en Avellaneda. Habíamos nacido en países diferentes. Él se había casado y yo no, él tenía hijos, nietos y bisnietos. Yo había estudiado y él completó la primaria porque Eva le insistió que debía luchar día por día para ser mejor. Llegó a ser chofer y hombre de confianza en la intimidad del Presidente, por esos raros enjuagues que nos colocan de pronto en una situación, cómo decirle, histórica, o si prefiere distinta de lo común para un ser común, del pueblo, de esos que llevamos marcada en la piel, en la tristeza, en la tela raída de los trapos que vestimos, la nula calidad del sepulcro donde acabaremos. Había pasado por tantos oficios como los hay registrados en cualquier ministerio del mundo, incluyendo el de sobreviviente en la primera infancia, en la periferia de la gran aldea que por entonces era Buenos Aires. Se le ocurrió que sería chofer el 17 de octubre del ‘45, cuando iba colgado en el estribo de un camión que llevaba gente a la Plaza de Mayo y el hombre que iba al volante sufrió un infarto severo. Ese día le cambió la vida.

No recuerdo muy bien qué circunstancia lo llevó a escribir esas páginas. El gran dilema era saber cómo debíamos comunicar el suceso, cómo íbamos a conservar la infinidad de pequeños detalles que conforman esa larga conversación entre el general y el espíritu de Eva. Cuando empezamos a compartir el ocaso de la vida, en el geriátrico, ya no era el hombre tosco que hablaba por boca de otros y citaba de memoria los discursos del general. Había cambiado hasta su forma de andar y su modo de vestir, de hablar y de hacer bromas. Una tarde comentó que estaba allí por despecho a su familia, en una decisión de plena voluntad como todas las que había tomado en su putísima vida. Yo sabía que no era así pero lo dejé pasar. A la noche, en uno de los tantos paseos que dábamos, le reclamé que dijera cómo había ido a parar al camarín de Perón. “De casualidad”, me dijo y luego contó el infarto del camionero y todo lo demás. Insistí que dijera por qué motivo había presenciado la conversación y repitió de casualidad, dando detalles de sus tareas habituales como hombre de confianza.

Enseguida le pregunté si no se daba cuenta de que no había decidido nada en su putísima vida, que había llegado allí y estuvo donde estuvo porque un sino superior y no su desgraciada voluntad, un poco más que mierda, así lo había dispuesto. Claro que no me entendió. Estaba manso y el acertijo lo turbó demasiado: le había quitado toda posibilidad de especular. Me cortó el paso y me obligó a contestarle qué había querido decir. “No estoy acá porque me guste” dije, “ni estuve allá porque tuviera corona. Al venir al mundo ya estaba escrito para siempre el papel de cada uno en la noche de Santa Ana”, y mirándolo fijamente a los ojos terminé: “tampoco es casualidad que estemos juntos aquí”.

Anduvo un par de semanas dándole vueltas hasta que al fin pidió que opinara sobre lo poco o lo mucho que debíamos hacer. Yo había usado mi tiempo para llegar al punto de que no nos iban a creer si no fundábamos nuestra palabra en una base documental, porque viniendo de dos viejos la acusación de senilidad correría pareja con la burla de una sociedad acostumbrada a las dictaduras, inclusive la del pensamiento dominante. No nos fue fácil decidir el camino y empezamos por el más difícil. Pensábamos que Perón había confiado a alguien, antes de morir, los sucesos de esa noche y la madrugada siguiente, el sentido del legado y sus circunstancias. Pensamos en su nueva esposa, en sus voceros del exilio, en sus pocos amigos personales, en sus médicos. Hicimos una lista de probables confidentes que se volvió interminable, dándonos un primer sentimiento de fracaso la conclusión de que era extraño el silencio de todos, los que pudieran saber y los que no sabían. De los cuatro testigos dos habían muerto intestados, si aceptábamos por cierto que uno de ellos, el Dr. Ara, no había escrito en sus cuadernos perdidos ni en *El caso Eva Perón* una sola palabra referida al acontecimiento. Yo permanecí con él hasta que el cuerpo embalsamado de Eva estuvo listo para ser exhibido: recorrí las farmacias comprando los productos, vigilé su flotación a dos aguas en la pileta con acetato, alejé a los curiosos que entraban al laboratorio. Fui la sombra de Ara con la sola compañía de los federales que montaban guardia puertas afuera y su efectivo complemento, pero ese no era un título que pudiera hacer valer. Leímos su libro y encontramos pistas notables, como la de las placas radiográficas que se tomaron a la muerte el 14 de octubre del 55 y las notas al respecto, pero no eran suficientes, porque dijo lo contrario en otras páginas. Entonces comenzamos las visitas, y dos semanas después las abandonamos: no era fácil hablar de un tema semejante. La familia Duarte en pleno se negó a creernos. Isabel Martínez, la viuda de Perón, nos atendió un minuto en la Casa Rosada y dijo que no era asunto que pudiera tratarse a nivel presidencial. López Rega, que podía saber del legado y el único que pudo certificarlo en el cuerpo de Eva, en Puerta de Hierro, nos impuso la opción del silencio, o la muerte encapuchada de la Triple A. Pero déjeme que siga leyendo otro párrafo.

Tres

El edecán cierra la puerta detrás del último Duarte y el silencio parece tomar la consistencia de una masa, tan parecida a la sombra y movediza como ella detrás del cuerpo largo que espía hacia la calle a través del cristal. Todo -los muebles, los mosaicos, las paredes altísimas que diariamente offician de referentes para el eco de los pasos que recorren la estancia-, todo enmudeció de pronto, magnificando el recuerdo de la última campana de reloj que marcó las 23:00 del día 26. Más allá del jardín se repite el movimiento de los labios en miles de rostros deformados por la angustia, y sin embargo allí, como en una cámara, como en el fondo del mar, sólo hay

silencio. Ninguna letanía se atreve a quebrar ese dolor. Una pancarta con el rostro de Eva se yergue por encima de la muchedumbre y parece sonreírle a él a través de la llovizna. Es el más bello que fotógrafo alguno haya podido obtener: con el cabello estirado, los labios marcados con lápiz y un ángulo perfecto que resalta el esmalte dental a la vez que simula su agudo prognatismo. Nada más lejos del agravio para su eterna memoria que fue la imagen del espectro signado de dolor impresa en la última fotografía. El cuerpo de Eva no está en el afiche enmarcado con crespones, sólo su rostro juvenil llegará a la orilla de la Historia atravesando el río de los tiempos.

El neto perfil del general se recorta como una sombra viviente gestada en la profundidad.

“Me siento como el fuego, Eva, al que llegó una mariposa. Sería más fácil escribirte un poema”, murmura el general, “si Dios no me hubiera dado una gracia y también una desgracia: soy conductor de pueblos, no de palabras. Se me escapan con tanta elegancia que no me atrevo a condenarlas, aunque a veces logro arrancarlas del sitio donde se esconden y ordenar una frase feliz o un pensamiento. Mi pueblo no me pide palabras, por eso ya no las persigo. He preferido acariciar tus cabellos en los poquísimos domingos que pasamos solos. He preferido buscar entre las ramas de los árboles el canto agonizante de un jilguero, o montar mi caballo pinto o jugar con las chicas de la UES, aceptando que otros elijan por mí las palabras necesarias, pocas pero necesarias, para acercarme a la verdad. A veces me he propuesto reírme de su astucia para dejarme llevar a su reducto secreto, pero ya ves, cuestiones urgentes me sacan siempre de esa tarea. ¿Qué digo entonces? ¿Qué discurso daré en tu funeral?”

Camina por el cuarto a pasos cortos en dirección a un pequeño escritorio adosado en la pared. Busca unas hojas, luego vuelve a la ventana.

“Una de las frases será también el epitafio”, dice.

Regresa al escritorio, revisa los libros y toma en sus manos *La razón de mi vida*. Pero un ruido extraño de voces y puertas que se cierran en el cuarto de Eva llama su atención. ¿Qué está pasando? El Dr. Ara le ha dicho que va a trabajar toda la noche, pero da la impresión de que no ha quedado nadie junto al cadáver. El inconfeso terror que le producen los muertos cede ante la rara sensación de ocupar un plano secundario en el ritual vecino. El pobre José cabecea, le da pena sacarlo del leve reposo que se ha dado. Mueve el picaporte pero la puerta no se abre. Busca la llave en el bolsillo, luego en los cajones. Deplora el instante en que olvidó el lugar donde quedó depositada. Por fin la encuentra.

El cuarto de Eva está en penumbras. Apenas lo ilumina el tembloroso resplandor de los fuegos de la calle que atraviesa el cristal de las ventanas. Una sucesión de perfumes y olores penetrantes que se mezclan y se alternan constituyen una atmósfera asfixiante que sacude al general. Las sombras han borrado las líneas de los muebles respetando sólo el contorno del cuerpo, depositado sobre la sábana blanca que cubre una mesa en el sitio donde antes había estado el lecho. El general se sobrecoge. Una leve brisa similar a un suspiro le ha tocado las piernas y mueve los extremos de la sábana que cuelga a los costados del cadáver. Su corazón se acelera, el miedo le hace escuchar una respiración que no es suya. Suda. Decide alejarse en dirección a una ventana de su cuarto, prefiere la lejana compañía de la muchedumbre a la fría soledad junto a la muerta. Lamenta haberse quedado en su habitación cuando podía marcharse con el resto. La puerta que comunica ambos cuartos ha quedado abierta y ya no se atreve a cerrarla. Siente que se le erizan los cabellos de la nuca. Decide llamar a José pero una incipiente afonía le impide pronunciar su nombre. Tampoco puede moverse para ir a tocarlo porque los pies no le obedecen. Ha escuchado un murmullo que lentamente desplaza al silencio, una especie de oración o letanía que parece llegar

desde la calle impulsada por las plañideras, pero hay también una voz que se distingue de las otras, una voz vibrante, de timbre apagado y atrayente, cautivadora, tan familiar como la suya propia.

“¿Eva?” pregunta el general, con la vista fija en el rostro que flota sobre las cabezas de la multitud. Le ha parecido que alguien, acaso esa voz, pronuncia su nombre.

“¿Evita?” insiste, mirando el retrato.

“No tengas miedo”.

“Santo cielo ¿Estaré volviéndome loco?”

“Soy yo, soy Eva”.

Juan Perón intuye una presencia extraña a sus espaldas. A través de la puerta confirma que el cuerpo de Eva permanece en su sitio, pero irradia un fulgor que parece moverse en dirección hacia él. Poco a poco, a medida que avanza, va tomando un contorno definido. Se detiene a la entrada del cuarto.

“No tengas miedo”.

“Eva, estás muerta”.

“Sólo mi cuerpo está muerto”.

La figura luminosa se dirige hacia la ventana más cercana.

“Siempre estaré viva en la memoria de los pobres”.

“¡Dios mío! ¡Ayúdame Dios mío!” , dice el general, cayendo de rodillas.

“No temas al alma de los muertos”. (Eva mira hacia afuera durante algunos segundos). “He pedido al Dr. Ara que nos deje solos un momento. Antes de partir quiero dejar, en tu cuerpo y en tu alma, el testimonio de mi amor”.

“Yo, yo...”

“¡Juan, no tiembles!”

“Nunca estuve en batalla, Evita. No sé qué hacer, qué decir”.

“¡Pobre Juan, mi general sin brújula!”

Los contornos de Eva se definen más en la figura luminosa. Sobre todo el rostro, bellissimo y saludable como el de la pancarta. Otra vez observa a través de la ventana el movimiento de los hombres y mujeres que esperan pacientes para darle el último saludo. Juan se ha sentado sobre los pies y está rezando. Con una de las manos se ha cubierto los ojos.

“¿Cómo puede alguien ser tanto para tantos?”, dice Eva, señalando hacia afuera. “Recuerdo que en uno de mis sueños, cuando era niña, yo crecía sin pausa hasta volverme grande. Luego soñé que me volvía buena, que un hombre a caballo con una espada de fuego me llevaba con él hacia la luz”. (Se toma el vientre con las manos). “Era un caballo pinto, y un hombre con jinetas y bengalas”.

“Era yo, el ángel terrible”.

“Otro sueño que tuve no se realizó”, dice Eva acariciándose el vientre. “Soñé que amamantaba a un niño. Un hijo nuestro, sólo de nosotros”.

“Un hijo...”

“¡Un nuevo Perón para otro siglo de gracia! Todo mi esfuerzo ha sido estéril”, murmura el general meneando la cabeza.

La imagen de Eva se acerca lentamente en dirección a su esposo. Se detiene frente a él y se arrodilla.

“No hemos tenido hijos pero he sido feliz. Me hiciste mujer, y la más agradecida de todas las amantes de la tierra”.

“Hice lo que pude”.

“¡Qué indignación cuando hablaban de tu miembro pueril!” (Se ríe). “Me hicieron odiarla con toda mi alma, asquerosa oligarquía”.

“Cómo olvidarlo”.

“Sufría porque no me dejabas gritarles en Plaza de Mayo en cuántas ocasiones rozó mi campanilla, en cuántas se estremeció mi perineo”.

“¡Eva, por Dios, que pueden escucharte!”

“Si alguien escucha guardará silencio”, dice mirando a José, que ha despertado. “Que así sea”.

Habría comprendido usted con cuánto pudor hablábamos de este asunto. Asustados, pero conscientes del tesoro que teníamos, decidimos seguir adelante, aunque armados de prudencia. La mujer y las hijas de Ara nada quisieron agregar a las palabras del anatomista, por respeto a él -dijeron en su carta- y también a la señora. J.M.Taylor partía hacia los Estados Unidos pero hablamos con él camino a Ezeiza, mucho antes de que su libro apareciera en el país. También hablamos con van Gennep y con Maud Sacquard de Belleruche, ambos en París, gracias a un amigo del gremio de la sanidad que cargó las llamadas a la cuenta de ATSA. Viñas estaba exiliado y no logramos ubicarlo, Sebrelí nos atendió por el portero eléctrico en su bunker de Constitución. Tomás Eloy Martínez no estaba en Argentina. Marysa Navarro y Libertad Demitrópulos guardaban en silencio sus biografías, entonces no había maneras de conocerlas. Félix Luna nos regaló **EL 45** y Fermín Chávez un fascímil del certificado extendido por el radiólogo Carlos Quiroga, el 16 de octubre del 55, en el que consta el estado del cadáver y sus órganos internos. Por fin, cansados de hablar con gente que aseguraba o fingía su ignorancia, descubrimos en el libro de Perón **Del poder al exilio** un fragmento revelador:

"Quedé bajo la impresión de que (Eva) estaba dormida. No pude apartar mis oídos de su pecho porque esperaba que de un momento a otro se levantaría y volvería a repetirse el milagro de la vida", y más adelante: "... y toda ella irradiaba un fulgor especial".

Alentados por el hallazgo, nos lanzamos a redactar un documento para el vigésimo quinto aniversario de la muerte de Evita. Aspirábamos a producir un hecho que revirtiera la abulia oficial en su homenaje a la santa de los descamisados, como la llamó Sacquard de Belleruche. Soñábamos con una procesión de antorchas hasta su tumba de alta seguridad en el cementerio de Recoleta y el rezo de un responso, a las 20:25, con todas las campanas lanzadas a vuelo. Pero el golpe militar del '76 frustró nuestro proyecto. Estábamos demasiado viejos para creer que la nueva dictadura iba a durar tanto, pero mucho menos de lo que ellos pronosticaban. Estábamos cansados de sentirnos solos con un secreto que nadie quería compartir. Nos sentimos vencidos en el intento de obtener documentos, o una mínima pista que abriera el interés clausurado de los biógrafos para que éstos recogieran el legado y lo transformaran en verdad histórica. Los golpes de la soledad hicieron el resto: volvimos al ajedrez, a la lectura de revistas y al televisor. Yo estuve en cama un par de semanas y una tarde apareció José con un cuaderno garabateado en el que estaba el germen de esta historia.

También llevaba, además de unos higos en almíbar que encendieron mis ojitos, un ejemplar de *Perito en Lunas* de Miguel Hernández, de antiquísima edición.

“Es de un compatriota tuyo”, dijo, “pastor de cabras, nacido en Orihuela”. Y luego de meditar un momento, agregó: “Si él llegó tan alto, estoy seguro de que Eva nos guiará en este camino”.

La idea nos devolvió a la vida una vez más.

Voy a abreviar. Después de discutirlo mucho, José decidió relatar punto por punto lo visto y oído en esa noche. A mí me daba miedo y lo contagié, pensando que la memoria de los muertos debe guardarse aún frente a la Historia, sobre todo la de los actos más íntimos. A cada momento volvían las palabras *si alguien escucha guardará silencio*, pero luego apareció la duda de si debíamos callar también o revelar el acto de desprendimiento, porque callar le quitaría sentido, hasta que al fin dedujimos que sólo debía protegerse la intimidad de la pareja. Si Eva no hubiera dicho nada habría primado nuestro concepto del pudor, creo, y si ello no fuera suficiente, el ridículo que envuelve al amor de una pareja y deja afuera a los extraños. Presos de una turbación insuperable, nos habría inhibido de cualquier revelación. Por eso fue que esa parte del texto quedó definitivamente separada del relato. Imagínese usted a esa mujer que se acostaba a las cinco de la madrugada, cuando el general se levantaba, diciéndole palabras afectuosas que no imaginábamos compatibles con ella, dura como era con sus enemigos, y acostumbrados a su relación amorosa con la muchedumbre. ¿Qué se imagina usted que le diría? ¿Qué palabras le diría usted a su compañera? Pueden no ser las mismas, ya sé, pero las formas de amar se parecen y los sonidos del amor se identifican fácilmente entre todos los demás. Vaya usted a cualquier país, hágale de cualquier raza, cuénteme cuáles y cuántas son las diferencias.

Yo estaba con Ara fuera de la habitación y casi no escuchamos, pero José estaba dentro, sentado en un sillón, renaciendo de su agotamiento. La señora y el general no lo tomaron en cuenta como si no estuviera o estuviera dormido. Siempre nos llamó la atención que a él no le hubiera pedido que se retirara como había hecho con nosotros, despavoridos testigos de su energía rediviva. Expresamente nos pidió, cuando empezamos a manipular su cuerpo para detener la pudrición, que la dejáramos a solas con su esposo. Dicen las malas lenguas que al descubrirse el cáncer de Eva el general se cuidó muy bien de compartir su lecho, como si temiera contagiarse, y que a medida que se acercaba la muerte dejó de entrar en su habitación. Cuando pedí a José que me contara la verdad, mimetizado con el discurso de su patrón-confidente, siempre contestaba lo mismo: el general tenía el coraje que le exigían las circunstancias. ¿Y qué escuchó y qué vio esa noche? La simple y rutinaria escena de amor de una pareja. Sería ocioso hablarle de caricias, de las múltiples facetas del encuentro. Eva era una mujer desinhibida y activa, el general no se hizo en vano su fama de amator. A mí me dio vergüenza descubrir en las páginas de José, como si la estuviera viendo, a la joven mujer transformando su energía en un cuerpo desnudo. Digo vergüenza porque yo trabajé con Ara en su esqueleto, cubierto con deshechos de carne macilenta, y Eva no era eso. También me sorprendió el poder de las palabras de José mostrando a un hombre temeroso que poco a poco accede a tocar, a aceptar y luego a abrazar a ese cuerpo que el suyo propio registraba entrañable. ¿Qué sentido tiene contar cómo fueron cayendo las prendas del general, o mencionar el color de sus ligas o el de las pintas del calzoncillo? ¿O contar, con la minucia de José, la cópula serena, tierna, diría reposada, que albergó la cama acostumbrada a los sueños solitarios del Presidente? Menos sentido tiene reproducir lo que se dijeron, lo más libidinoso, lo más obsceno que pueda caber en la procaz comunicación de los amantes. Revelar esas palabras podría cambiar el sentido del suceso y hacernos olvidar el tema de fondo.

El texto que sigue, sin embargo, puedo leerlo, porque hace a la esencia del legado, lo que interesa a la posteridad:

Cuatro

Ara se ha puesto nervioso. Hombre atildado, sorprende a su ayudante caminando a pasos cortos frente a la puerta cerrada, estrujándose las manos y secando el sudor de su calva. Se coloca los guantes, el casquete blanco y el bozal anudado sobre la nuca listo para cubrir su rostro. Ha mirado el reloj cuando la campana del cucú comienza a sonar para anunciar las 06:00. De pronto el médico español se detiene ante la puerta del cuarto y golpea con los nudillos. Espera unos segundos y vuelve a golpear con mayor insistencia hasta que escucha la voz de la señora autorizando la entrada. El cuarto está en penumbras, el cadáver escuálido continúa sobre la mesa iluminado por el escaso fulgor de las antorchas, que comienzan a apagarse sobre las cabezas del río humano que inunda la ciudad.

“¡Señora, por favor, se acaba el tiempo! ¡Necesito preparar el cuerpo para frenar el estrago!”, dice Ara.

Eva parece consciente de que ha llegado el momento inevitable. El general besa sus manos y ella sonríe. Antes de regresar a su cuerpo, el espíritu se detiene a saludar al profesor y a su ayudante.

“Profesor, que Dios lo ayude. Confío en que su labor será reconocida”.

“Gracias, señora”.

“¿Cómo hará para conservarme?”

Es un largo proceso. Primero vaciaré su cuerpo y eso no puedo evitarlo, las entrañas se pudren enseguida. Luego colocaré en el féretro un bactericida para que pueda ser exhibido en la capilla ardiente. Y dentro de un par de semanas comenzará el tratamiento. ¿Desea conocer los detalles?

Eva se disculpa con una sonrisa. Ha tomado entre las suyas las manos del general.

“Juan, quiero dejarle a mi pueblo un legado simbólico. ¿Podría encomendártelo a tí?”

“¡Seguro...!”

“No quiero que los gorilas se salgan con la suya. Siempre han querido comerse mis entrañas, pero no se los voy a permitir. Profesor, dice luego dirigiéndose a Ara, ¿podría usted asegurar, si fuera necesario, que mis vísceras están dentro del cuerpo?”

“Si es su deseo, señora, no tengo por qué negarme. Puedo decir... que se han retraído por el tratamiento”.

“Gracias”, dice, y dirigiéndose al ayudante: “tú serás el guardián de mi memoria”.

Luego el espíritu, como una luz que se desvanece, vuelve a ocupar su lugar dentro del cuerpo.

Cinco

El automóvil negro se detiene ante el portón y José desciende para quitar la traba de las dos hojas de alambre tejido que interrumpen el paso. Encima de un arco de

hierro un cartel blanco de latón con letras rojas anuncia los límites de la propiedad: **Perrera Municipal**. Manuel, hombre lento que se ayuda a caminar con un bastón de bambú, avanza en dirección al vehículo que transporta al Presidente. Se ha colocado sobre el cuerpo magro el único traje que tiene. Obediente, ha abierto las jaulas y dos centenares de canes deambulan por el predio, entrando y saliendo de sus prisiones en un ejercicio gozoso del que ya comenzaban a olvidarse. Al ver la llegada del auto, como si supieran, se conmocionan tanto o más que el pobre viejo Manuel.

Detrás del general avanza José con la caja de acero inoxidable, abriéndose paso a través del remolino que se forma a su alrededor. No le agrada que se crucen delante o que le muerdan los tobillos, se esfuerza notablemente para evitar los charcos y el lodazal que se esconde bajo el pasto.

“¡Atrás, atrás!” grita el hombre.

El general Perón recibe el saludo de Manuel y juntos se dirigen al centro del patio, donde hay un montículo de tierra apisonada, algo más seca, visible desde todos los rincones. José deposita la caja en la superficie ante la ansiosa vigilancia de los animales. Los tres guardan silencio con la cabeza gacha. Desde la radio del vehículo, una de cuyas puertas ha quedado entreabierta, llegan los ecos de una voz que repite el programa dispuesto para venerar a la difunta. En la ciudad todo está listo para iniciar las honras.

“Hágase su voluntad”, dice el general y hace una seña a José.

Cuando abre la caja los perros se abalanzan sobre el contenido. La gran diferencia de tamaños presagia un gran caos y sin embargo los pequeños, los mansos y los tullidos, se ingenian para obtener sus raciones. Se los ve correr con las fauces abiertas, babeando, esquivando el desbande tumultuoso de los que portan su presa y se retiran a devorarla en un lugar apartado o en las jaulas donde estaban recluidos. Algunos disputan brevemente los extremos de las piezas atraídos por la sangre o el ácido sabor que la brisa desparrama. Pero luego, como entendiendo que no es necesaria la disputa, comienzan a ordenarse, con la santa paciencia de los más humildes. La larga ceremonia del reparto se extiende pacíficamente y se repite innumerable. Se ha obrado un milagro: todos, uno por uno, toman y vuelven a la caja de acero hasta saciarse.

Una triste sonrisa se dibuja en el rostro del general mientras camina con José en dirección al automóvil. Un tibio sol, en tanto, afirma entre las nubes su voluntad de asomar.